

RECENSIONES

MATILDE MARTÍN GONZÁLEZ, *La condición femenina y feminista de Adrienne Rich. Evolución poética e ideológica 1951-1969*. La Laguna, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2000.

El número de reflexiones críticas en torno a la figura poética y elaboraciones feministas, políticas o teóricas de Adrienne Rich es difícil de establecer: nombre imprescindible en la quizás aún demasiado androcéntrica tradición poética norteamericana, la suya constituye sin duda una de las voces —no sólo femeninas— más brillantes y prolíficas de la escena creativa estadounidense actual. Merecedora de importantes y autorizados elogios y premios de poesía, traducida internacionalmente a tantísimas lenguas, Adrienne Rich opta por no acomodarse en un canon que la reconoce y respeta —a pesar del cuestionamiento formal e ideológico que la poeta constantemente lleva a cabo del mismo. Fiel a un espíritu inconformista e intensamente consciente de las desigualdades, sus trabajos creativos todavía aspiran a arrancar de la esclerosada conciencia social norteamericana la indignación crítica y el activismo político y social que, desde los años sesenta, ella misma abandera —y recoge en sus publicaciones como ensayista, crítica feminista y activista polémica— frente a las más diversas y perversas formas de opresión humana: los abusos físicos y sociales que los discursos falocéntricos dirigen contra las mujeres, la asfixiante norma social y sexual —blanca, anglo-sajona, protestante y heterosexual—, la ascensión del militarismo y la violencia represora, la deshumanización de

un sistema económico que fomenta la ignorancia complaciente, la pasividad egoísta, la desunión, la intolerancia y la vulnerabilidad de los desprotegidos.

La Adrienne Rich creadora, ineludible en los programas de poesía norteamericana actuales, es también una de las más paradigmáticas hacedoras —falible, según confiesa ella misma— de una identidad y un lenguaje propiamente femeninos («Toda existencia articula un lenguaje propio», afirma haciéndose eco del Wittgenstein que apuntara que «los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo»). Las vertientes poética y feminista convergen y obedecen al deseo imperativo de transformar y revolucionar mediante la poesía una realidad injusta y urgentemente necesitada de planteamientos críticos y compromisos, voluntades emancipadoras. La poesía de Rich —la poesía, según Rich— nace de ese deseo revolucionario y evolutivo, pues la poesía es, en esencia, revolución y compromiso personal y social: la génesis de la poesía se asienta en la conciencia de las injusticias. Así se erige Rich en el exponente catalizador y transformador de las formas, ideas y lenguajes de la Norteamérica contemporánea, en la que la autora continúa buscando su sitio, transformándose y transformando.

Matilde Martín —profesora titular de Literatura Norteamericana en el Departamento de Filología Inglesa y Alemana de la Universidad de La Laguna— logra traslucir y mantener a la perfección en el argumento de sus reflexiones sobre la poética y la figura de Adrienne Rich los mismos hilos, los mismos compromisos, el mismo concepto revolucionario de las formas poé-



ticas que postula la autora; y es éste uno de los aspectos más sobresalientes y logrados de este estudio. Fiel al espíritu vital y literario de Rich, así como a su personalidad pública y privada, la visión crítica de Martín aporta a los también numerosos ensayos teóricos en español sobre la poeta una mirada crítica sobre un campo —una etapa— quizás algo desatendido en la trayectoria literaria de Adrienne Rich, mas igualmente crucial en la misma: la gestación, la transformación personal y estética que marcaría los vértices esenciales y articuladores de la voz de Rich.

La autora del ensayo coincide con la poeta al reescribirla desde una perspectiva crítica, imbricando lo social con lo personal y lo poético, como también Rich entretrejera lo público y lo privado, poesía y conciencia política en su propia obra, como también hilara el yo subjetivo con sus proyecciones heterosociales en las autoras que Adrienne Rich leyera y reescribiera. La estructura orgánica que Matilde Martín propone desde las primeras páginas de su ensayo rastrea y recrea simbióticamente la del propio arte de Rich, un viaje interior, tan conflictivo y doloroso como felizmente liberador, en el que las necesidades de expresión personal y social despliegan y configuran gradualmente un universo poético en continua transformación: desde los inicios personal y formalmente convencionales —un matrimonio-escape de la ley del padre autoritario, junto a los primeros y brillantes remedos de la norma literaria establecida por los Nuevos Críticos y por la todopoderosa influencia de otro padre literario, T.S. Eliot— hasta la asunción de las premisas vitales (el compromiso social y político, la expresión libre de su identidad femenina al declararse lesbiana, su ya mucho más que tímido feminismo) y formales (la reescritura de poetisas contemporáneas y anteriores menos complacientes con el canon, su identificación biográfica y estética con las voces de otras autoras en un intento de establecer una tradición de escritura y conciencia propiamente femeninas, la experimentación métrica, el *ghazal*) que guiarán la trayectoria estética, crítica e ideológica de Adrienne Rich a partir de los años setenta. Por ello Martín opta por, primeramente, establecer las fibras de esta estructura orgánica: el contexto histórico y sociopolítico

en el que también se esboza la biografía de la autora, junto a las influencias literarias y el peso feminista que el movimiento de liberación de la mujer supuso para Rich, se corresponden respectivamente con los cuatro primeros capítulos, también abordados orgánicamente desde esos tres ángulos fundamentales en la poesía de Rich, el personal, el político y el literario. A continuación, Martín prolonga y entrelaza estos aspectos, dejándolos «crecer», en los capítulos dedicados al estudio de la poesía escrita durante esta primera etapa literaria y estética en la carrera de Rich, capítulos que también dispone orgánicamente en varias etapas en proceso.

El punto de partida que vertebra el trabajo de la profesora Martín es que la conciencia feminista de Adrienne Rich ya se manifestaba en mayor o menor medida en la primera parte de su carrera literaria —desde 1951 hasta 1969. Feminismo aún exento de la cimentación teórica y la materialización práctica características de su trayectoria a partir de los setenta, este «protofeminismo» se manifiesta parejo a, y en cierta medida como consecuencia de, la necesidad perentoria y vital de expresarse, de autoexplorarse y definirse como mujer y como poeta. El talante feminista de Rich nace de la conciencia de tener que hacerlo en un medio hostil y opresivo con la mujer, con lo periférico, con las individualidades. Poética y política mantendrán, a lo largo de toda la obra de la autora, un vínculo estrechísimo e indisoluble, que Matilde Martín aborda con mayor detalle en un muy acertado capítulo IV, atento al peso teórico del movimiento de liberación de la mujer en la poética y la ideología de la autora. La constitución del pensamiento feminista y la revelación de su opción sexual no sólo influyen profundamente en la expresión y factura éticas y estéticas de la poesía de Adrienne Rich, sino que asimismo contribuyen a precisar su posición ideológica como mujer en y frente a los discursos y el poder patriarcales. Una vez más, la autora de este estudio desvela su pericia al organizar estructuralmente el análisis del movimiento feminista en el tiempo, la forma y el pensamiento de Rich, desplegando las interrelaciones constantes entre los precedentes históricos o los referentes feministas contemporáneos y la propia experiencia vital de la poe-

ta, así como la relación de todo ello con la evolución formal de su poesía anterior o posterior. Poesía e ideología nacen gradualmente de la búsqueda personal y la concienciación social, y el feminismo se convierte, en este sentido, en un cauce natural de expresión liberadora tanto en el terreno privado como en el público. La radicalización de los presupuestos políticos y sexuales de Rich discurre paralela a la de los postulados del movimiento feminista de los setenta, traicionado por la indiferencia con la que responden sus hasta ahora aliados «anti-establishment» masculinos. Rich responde revolucionariamente, extremando sus posturas teóricas y la sinceridad de sus confesiones: al mismo tiempo que declara abiertamente su lesbianismo se posiciona frontalmente ante un sistema opresor y restrictivo en el que la norma heterosexual silenciaba no sólo los sentimientos eróticos entre las mujeres sino, aún peor, la «energía lesbiana» —creadora, femenina, solidaria y configuradora de una identidad de mujer transmitida desde las mujeres del pasado hasta las del presente.

Feminismo, lesbianismo son manifestaciones de una misma conciencia femenina urgida de identidad propia que Rich se propone trazar y que la sitúa frente al sistema, en sus márgenes. Y es esa construcción de una conciencia femenina y feminista radical lo que la lleva a la revisión de un canon silenciador, y a la lectura de otras voces femeninas anteriores o contemporáneas con las que identificarse, con las que establecer una identidad común a partir de los fragmentos, de las voces femeninas dispersas y de los valores y la visión que la cultura masculina ha asignado a las obras escritas por mujeres. Rich coincide —más bien contribuye decisivamente a— con una de las empresas cruciales de la teoría feminista: la elaboración de una tradición cultural femenina a partir del rescate de la obra de autoras precedentes silenciadas o exiliadas del canon. Rich revisa y re-descubre, con direcciones críticas nuevas alejadas de la perspectiva y la norma masculinas del orden patriarcal, a Anne Bradstreet, a Emily Dickinson, o a Mary Wollstonecraft, entre muchas otras: el reconocimiento de unas mismas circunstancias sociales, como mujeres escritoras en un sistema androcéntrico, le sugiere incluso descubrir rasgos o situaciones personales

comunes entre aquéllas y su propia vida. Mas la perspicacia crítica de los postulados feministas de Rich repara en la necesidad de la autocrítica, la necesidad de evitar presupuestos universalistas y excluyentes en las teorías feministas académicas, reflejos de los de la norma masculina que impiden una subjetividad femenina autónoma. Y así, frente a los análisis reduccionistas de la «personalidades femeninas excepcionales» —fruto de factores extra-literarios: fracasos amorosos, sensibilidades exacerbadas...— con los que la crítica masculina impedía el trazado de una identidad y tradición cultural propiamente femeninas, Rich propone, por el contrario, el estudio de los modos por los que las autoras se identifican con otras autoras, los modos por los que se sitúan dentro de una herencia cultural y filosófica de otras mujeres, el peso que la propia identidad femenina tiene en sí misma cuando realiza un estudio crítico sobre otras autoras, las imágenes, metáforas y puntos de vista comunes en esa tradición femenina y desechadas por la perspectiva masculina de la academia. Adrienne Rich inaugura, así, la articulación del método crítico que, con variantes diversas, ha guiado los análisis teóricos feministas a lo largo de las tres últimas décadas: la denuncia de la infravaloración y silenciamiento sistemáticos infligidos por la norma académica masculina, junto a la imposición de sus «padres precursores».

Frente al silencio, frente a la inconexión, fragmentación e incoherencia con las que tradicionalmente se ocultaba una herencia cultural femenina propia, Rich ya acometía en su primera etapa artística una empresa que despierta en nuestros días polémicas agitadas: la reescritura del canon. La reescritura del canon implica reescribir y reapropiarse de los silencios, los discursos y las capacidades debilitados impuestos por la cultura patriarcal, transformar el uso de las palabras y, en definitiva, liberar al lenguaje de lo androcéntrico, emanciparlo, hacerlo creativo. También aquí anticipa Rich otra de las percepciones actuales del feminismo acerca del lenguaje: el poder del lenguaje y el lenguaje del poder. Matilde Martín no sólo ve en la experiencia personal de la poeta —como acaso muchas teleologías biografistas del feminismo— el germen de su evolución filosófica y actuación artística: sin





duda alguna, el elemento contextual y biográfico influyó decisivamente en Rich, como en todas las autoras de su generación. La profesora Martín va más allá de ello y desde las primeras páginas subraya, junto al binomio poesía-militancia, las tempranas conciencia y atención que Adrienne Rich presta al lenguaje, muy especialmente la manera en que sus primeras obras registran precoces conflictos personales y estéticos entre la asepsia academicista y la necesidad vital de expresarse en el canon, como mujer o, más adelante, como mujer fuera del canon.

Reflexionar desde el feminismo sobre la escritura femenina adquiere valencias ideológicas importantísimas, pues ninguna liberación política es posible sin una liberación lingüística. La Rich atenta a las estrategias discursivas por las que el lenguaje del poder domina y controla, discrimina y oprime; no sólo es la voz teórica empeñada en dotar a la mujer de lenguaje propio, de poder, sino la voz poética convencida del poder transformador de la poesía. El lenguaje poético es, así concebido, autoconsciente, un metalenguaje que se re-imagina a sí mismo, se disecciona y se re-construye, dotándose de agencia. En la perspectiva feminista de la poética de Rich convergen la revolución personal, la expresión del yo subjetivo, y un compromiso político militante también revolucionario en la Norteamérica de los sesenta: la expresión, mediante ese lenguaje autoconsciente, de una subjetividad femenina autónoma provista de poder.

El diseño de esta identidad femenina agente reescribe la dicotomía que tradicionalmente estableció la cultura dominante entre lo público y lo privado, en cuya base se sitúa el fundamento histórico de la opresión de la mujer: las dimensiones personal y socio-política se manifiestan ahora como aspectos integrantes de un mismo contexto real, de una misma lucha reivindicativa con correspondencias políticas claras, y no como dominios estancos e inconexos. De ello nace otro imperativo, también básico en la agenda feminista: la necesidad de establecer una identidad colectiva, una comunidad de mujeres en contacto directo con otras mujeres, y, sobre todo, una conciencia «comunitaria» que no sólo nos alerte de nuestros poderes reales en un mundo social —históricamente diseñado en clave mas-

culina— sino que, además, no nos aleje de nuestros espacios comunes, de nuestra herencia femenina. La «excepcionalidad femenina», argucia por la que los discursos androcéntricos dominantes deslegitimaban la posibilidad de una identidad femenina colectiva e independiente, cae ante el peso de un lenguaje poético revolucionario y transformador, provisto del poder de imaginar nuevas relaciones comunales y personales así como capaz de dar respuestas a las situaciones o realidades políticas que nos rodean: la igualdad incluyente, el humanitarismo, el respeto por las individualidades, el compromiso social activo, la conciencia ecológica, el pacifismo tolerante.

Matilde Martín nos presenta una Adrienne Rich consciente de que la construcción de una identidad femenina agente no sólo se fundamenta en la denuncia crítica de los sistemas de opresión que tradicionalmente incapacitaban a la mujer individuo en el ejercicio de sus capacidades y derechos básicos, o en la oferta de compromisos e instrumentos emancipadores personales y políticos; esta empresa también entraña peligros en los que Rich repara, también reflejados en su expresión poética, y que exigen un gesto de autocritica nada complaciente. El ejercicio del poder agente demanda responsabilidades para con la «comunidad», de la misma manera que la poesía exige responsabilizarse de sus propias metáforas y hacer visible lo que antes permanecía oculto en la norma imperante. Por ello acude al pensamiento legado por otras voces femeninas que, en el pasado, nos avanzaron modelos de emancipación crítica junto a severos ejercicios de autoexamen: la voz de Mary Wollstonecraft en *Vindicación de los derechos de la mujer* («no deseo que las mujeres tengan poder sobre los hombres, sino sobre sí mismas») se reconoce en muchas ocasiones —que advierte una Matilde Martín conocedora de la pionera feminista— especialmente cuando poeta y crítica exponen las trampas que la cultura masculina dominante dispuso para la mujer, y que aún la atenazan (los miedos a romper con las cadenas represoras y el miedo, dulcificados por un estatus económico boyante; las rivalidades inútiles entre mujeres propias de la «hostilidad horizontal»; la «adicción» a la aprobación externa, la

depresión, el sacrificio y la autoanulación o la infantilidad).

El retrato bosquejado por Adrienne Rich acerca de las difíciles circunstancias que rodean la existencia femenina y, por ello, la voluntad de emancipación, no escatima realismo en el relato de aspectos duros. Tanto los versos y las reflexiones de Rich —tan sólo versiones de un mismo espíritu transformador— resaltan los tonos oscuros, desmitificando y condenando simultáneamente, como en el comentario detractor de las poetas suicidas, los tópicos escapistas o autodestructivos que, sobre todo, heredáramos de la cultura de la sensibilidad dieciochesca: ése no es el proyecto de mujer liberada, firme e independiente concebido en el pensamiento y la voz de Rich. Y por ello, en la disección que la poeta lleva a cabo de los conflictos femeninos —del ama de casa, de la intelectual, de la propia Adrienne— no deja de expresar los miedos que acechan, el ostracismo social o académico que la individualidad disidente conlleva, también la frustración de la que no se atreve a volar... ¿Hasta qué punto vale la pena desobedecer la norma patriarcal?, se preguntan tanto Rich como su lectora, Matilde Martín. La respuesta es tan afirmativa como sincera, fruto de la experiencia personal de las dificultades, humillaciones, batallas perdidas y riesgos asumidos. La irritación y el sarcasmo de los versos no consiguen disminuir la sensación de soledad que acompaña la experiencia de la autonomía femenina, pero Rich apuesta por volar. Las alusiones a la energía creativa de la mujer, a una Emily Dickinson reapre(he)ndida, combinan la vivencia del dolor con las imágenes de aves en vuelo, frecuentando cada vez más insistentemente las referencias a mujeres escritoras.

La orientación gradual hacia un modelo de firmeza e independencia personal e ideológica crece y se registra en la evolución formal que experimenta —también orgánicamente— el lenguaje poético de Adrienne Rich. No se trata, por tanto, solamente de hallar instrumentos o moldes más propicios a la expresión de una conciencia transformadora en evolución constante; tampoco tan sólo de experimentar con las formas en busca de ámbitos innovadores más allá del academicismo. Es más bien reconocerse en

el lenguaje y por el lenguaje como mujer, poeta, ente social y político: ser mujer —y, por ello, ser consciente de una subjetividad femenina autónoma— es un aspecto esencial de un poder creativo propio a través/en el lenguaje. Las alusiones constantes a un alejamiento del padre se revisten ahora de matices ideológicos y estéticos, y el padre biológico encarna también las asfixiantes convenciones patriarcales de las que tanto la Rich poeta como la Rich comprometida intentan distanciarse. Paralelamente, las más tempranas y tímidas incursiones en el verso libre y la denuncia bajo la forma impersonal, aún ancladas en el normativismo aséptico de la Nueva Crítica, van poco a poco dejando lugar a ejercicios más atrevidos en los que ya se utiliza una primera persona poética más reconocible, una identidad femenina y feminista más delineada, una «necesidad de vida», tal y como reza uno de los títulos que acusan esta nueva orientación estética e ideológica. El reconcimiento del poder del lenguaje, de su capacidad de construir identidades y asignar centros o periferias silenciosas se transforma en *Leaflets* —el volumen más trascendental de esta primera etapa artística de Adrienne Rich— en una crítica abierta y articulada del discurso patriarcal, de sus estrategias discriminadoras y de sus escondites misóginos. Y a pesar de que los momentos de agitación personal y militancia activa en una realidad social convulsa se constataban explícitamente en los textos, la crítica social se convierte realmente en este volumen decisivo en una mayor conciencia del lenguaje, de sus articulaciones y, sobre todo, de la necesidad de buscar un lenguaje nuevo con *poder* para concebir los aspectos y realidades ocultas en el sistema patriarcal, capaz también de trasponer esas realidades exteriores, esas nuevas identidades ahora reveladas, a un universo personal en el que seguir afianzando, explorando(se) la identidad.

Leaflets dibuja una doble vertiente poética, un doble viaje, interior y exterior, que también constituye un recorrido en la forma. Adrienne Rich se encuentra con el *ghazal*, forma árabe tomada del poeta urdú Mirza Ghalib, que introduce en la poesía norteamericana, una vez adaptada a sus proyectos experimentales. Su disposición en pareados independientes y, a la vez,



interconexos, confiere un cariz muy imaginista; mas, sobre todo, permite a la poeta el ejercicio de una libertad total en cuanto a forma y contenido con la que fotografiar, combatir y reflexionar sobre una realidad multivocal, agitada, que en nada coincide con las aspiraciones de homogeneidad y uniformidad normativas del orden establecido. El análisis de situaciones sangrantes y resquebrajadas refuerza el carácter crecientemente político de los versos; sus alusiones cada vez más frecuentes a episodios turbulentos (el Ché, Bolivia o Nanterre, Franz Fanon, Vietnam, Chejov, Harlem,...) sugieren la identificación política y, especialmente, personal en el interior de la autora, quien dibuja un universo en contienda que básicamente enfrenta al «amor» y al «egoísmo». La cada vez mayor experimentación formal se hace eco de esa agitación personal y política; y en su búsqueda constante del lenguaje con poder —lenguaje que denuncia y conmueve, lenguaje que transforma conciencias— Adrienne Rich conjuga atrevidamente las imágenes sexuales con las lingüísticas, unidas por un concepto de lenguaje creativo, de relación y deseo, de juegos de exploración y poder, ante los que sucumbir o rebelarse. El atrevimiento de esta exploración formal llega incluso a relacionar la muerte, la guerra y la violencia con el sexo y las relaciones amorosas: el rechazo y el dolor ante estas situaciones exteriores provocan dobles lecturas, un lenguaje multidimensional y relativista, y la fragmentación sintáctica parece responder a la angustia interior de una voz poética igualmente desgarrada y oscura en la que se percibe la equivalencia entre la realidad política y la situación personal de la autora. El nivel perso-

nal se funde nuevamente con el general, en un intento de registrar las conmociones de una mente y su proceso de desintegración ante otras ruinas, otros desmoronamientos externos. Paralelamente, Rich prosigue en su indagación e identificación personal y política con otras escritoras (Kadia Maldovsky, Anna Akhmatova, Natalya Gorbanevskaya): la búsqueda de las raíces de la tradición cultural femenina en la obra y vida de otras mujeres del pasado y, como en este caso, contemporáneas fructifica en el uso reconocible de la primera persona del plural, un «nosotras» que anuncia el advenimiento de la construcción de una subjetividad femenina independiente, más allá de las tallas asignadas por el discurso patriarcal.

Matilde Martín consigue dar cuenta, así, de la transformación progresiva del estilo de Adrienne Rich, de los riesgos poéticos y vitales que corrió en su búsqueda de un lenguaje transformador, confesional y políticamente comprometido. La articulación de ese universo interior —femenino e individual— consigue despertar nuestras mentes como mujeres y feministas, y, junto a ello, articular capacidades de respuesta ante el mundo que nos rodea a mujeres y hombres. Matilde Martín nos ofrece a esta primera Adrienne Rich, no sólo una lectura amena, magistralmente clara, imprescindible para el estudio de la poética de Rich y también para que el que se acerca por primera vez —ya para siempre— a ella.

MARÍA JOSÉ CHIVITE DE LEÓN
Centro de Estudios de la Mujer
Universidad de La Laguna